

Proyecto europeo, espacio público e historia de la integración europea: notas para un debate

Antonio Moreno Juste

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: El interés por la búsqueda de soluciones a los déficits de legitimación del proyecto europeo ha provocado en las ciencias sociales y en la historia un enorme interés por el estudio de la idea de espacio público. Éste ha sido resultado del vínculo establecido por sectores intelectuales cercanos al europeísmo entre el desarrollo de un espacio público europeo con la reducción de la distancia existente entre las políticas públicas, las instituciones y la ciudadanía europea. Desde la perspectiva del historiador, sin embargo, el estudio del espacio público europeo no puede tener como único objetivo apoyar la creación de una identidad colectiva supranacional a partir de la construcción de un «relato europeo», destinado a restituir la ficción de una comunidad histórica de pertenencia, ni tampoco arrogarse la misión de fijar histórica y culturalmente las fronteras de Europa. La utilidad social de su estudio reside en la misma ambición de contribuir a la creación de ese espacio público europeo a partir de la promoción de valores que se asocian con Europa, como la libertad, la tolerancia y la democracia, sin renunciar por ello ni al imprescindible ejercicio de crítica ni al análisis riguroso de nuestro pasado inmediato.

Palabras clave: construcción europea, ciudadanía europea, espacio público europeo, historia de Europa, historia de la integración europea.

Abstract: The interest in the search for solutions to the lacks of standing in the European project has caused a huge interest in the study of the idea of public sphere in all the Social Sciences disciplines, also in the History. An interest that is a result of to have been linked the development of a European public sphere with a reduction in the distance between public policy, institutions and European citizenship in intellectual groups close to Europeanism. However, from the historian's perspective, the study of

the European public sphere can not have the sole aim to support the creation of a supranational collective identity from the construction of a «European story» designed to restore the fiction about a historic community of membership, as well as not to assume the mission of to set the European borders historically and culturally. The social usefulness of its study lies in the same ambition to contribute to the creation of this European public sphere from the promotion of values associated with Europe as freedom, tolerance and democracy, but without resigning either essential exercise of criticism or rigorous of our immediate past.

Keywords: European integration, European citizenship, European public space, European history, history of European integration.

La complejidad del proceso de construcción europea, más aún en relación con el ámbito del espacio público, exige una agenda de investigación que considere los vínculos entre identidad colectiva y legitimidad democrática en una sociedad pluricultural¹, sin embargo, la mayoría de los análisis desarrollados en esta dirección han surgido desconectados de las realidades sociales y de sus experiencias históricas nacionales², convirtiéndose con demasiada frecuencia en aproximaciones estériles entre concepciones teóricas irreconciliables³ o en fallidos ejercicios históricos por su carácter teleológico, identitario o idealista⁴. Nuestro objetivo en las siguientes páginas no es debatir la legitimidad, en términos históricos, del espacio público europeo, ni discutir su proceso de conformación en un periodo determinado, sino reflexionar acerca de la relación entre la noción de espacio público y la historia de la integración europea desde el presente, alejándonos de cualquier tipo de predestinación sobre la unidad de Europa y considerando especialmente alguno de sus efectos, como la europeización.

¹ FRANK, R.: «Une histoire problématique, une histoire du temps présent», *Vingtème Siècle. Revue d'Histoire*, 71 (2001), pp. 79-89.

² LOTH, W.: «Explaining European Integration: The contribution from Historians», *Journal of European Integration History*, 14-1 (2008), pp. 9-26.

³ VAN DER HARST, J.: «Introduction: History and theory», *Journal of European Integration History*, 14-1 (2008), pp. 5-8.

⁴ DINAN, D.: «The historiography of European Integration», en DINAN, D. (dir.): *Origins and Evolution of the European Union*, Oxford, Oxford University Press, 2006, pp. 297-324.

Los déficits democráticos de la construcción europea

«Pensar Europa —afirmaba recientemente Eric J. Hobsbawm en un debate celebrado junto a Donald Sasson— es hacerlo sobre una pregunta abierta y, por tanto, sujeta a discusión»⁵. En ese coloquio, maestro y discípulo compartieron su visión de Europa presentando dos visiones, si no antagónicas, sí profundamente diferentes. Una primera, que podría calificarse de «ortodoxa», y representada por Sasson, viene a incidir en la idea del sorprendente grado de convergencia alcanzado entre los países europeos durante los últimos cincuenta años en lo político, lo social, lo económico o lo institucional, y aunque reconoce que Europa no tiende inexorablemente a la unidad, considera que está más unida que en cualquier otro período histórico. Hobsbawm, por su parte, proyecta una visión más inquietante: «Europa está al mismo tiempo más unificada y dividida que en el pasado». A su juicio, «el problema de la Unión Europea tiene que ver con la democratización de sus procesos, ya que siempre ha habido déficit democrático», entre otras cosas, continua argumentando Hobsbawm, porque Europa siempre se ha construido desde arriba en aras de la eficacia⁶.

Se comparta o no esta valoración, lo cierto es que hoy es difícilmente discutible la sensación de crisis en las perspectivas del proceso de integración. De día en día se engrosan las filas de aquellos que creen ver señales de su agotamiento como proyecto y de los que piensan que el aliento europeo, tan intensamente vivido por los *padres fundadores*, está extinguiéndose de manera definitiva⁷. Es más, crece la impresión de que los ciudadanos no han acabado de tomarse en serio la construcción europea porque han creído que se trataba exclusivamente de una unión comercial y arancelaria, al tiempo que gana terreno la idea de que las *élites políticas* se han manifestado a favor de la integración más

⁵ HOBBSAWM, E. J., y SASSON, D.: «Pensando sobre Europa», *La Factoría. Revista Bimensual de Pensamiento Social*, 37 (2008), <www.revistalafactoria.eu>. [consulta: 9 de febrero de 2009].

⁶ *Ibid.*

⁷ En su último libro publicado en español, Habermas se pregunta si la política de Europa se encuentra en la actualidad en un callejón sin salida y, no sin cierta amargura, se interroga por lo que queda del tono de alabanza que no hace mucho despertaba todavía la diversidad europea. HABERMAS, J.: *¡Ay Europa!*, Madrid, Trotta, 2009.

por necesidad que por convicción con un compromiso existencial de Europa⁸. No obstante, con frecuencia se olvida que también forma parte del problema no haber alcanzado un grado suficiente de profundidad y de cohesión interna. Como nos recuerda Andrew Morawcik: «de los cinco temas más importantes en las democracias de Europa occidental —la prestación de atención sanitaria, la educación, la ley y el orden, las pensiones y la seguridad social, y la fiscalidad—, ninguno es, prioritariamente, competencia de la Unión Europea»⁹.

Now we can of course deplore this lack of salience, but given our limited attention span and limited cognitive (and maybe affective) resources this would only amount to a plea for a shift of attention to these mostly rather technical and technically complex matters of regulation with which the EU deals.

Lo más sorprendente, sin embargo, es que ni la sensación de crisis, ni las críticas sobre la deriva no democrática del proceso, son una novedad en el debate europeo¹⁰. Es más, en términos historiográficos esa situación se ha traducido en dos líneas de crítica al proceso de integración. Por una parte, los historiadores económicos, en su mayoría liberales, han criticado el incesante aumento de las reglamentaciones socioeconómicas a nivel comunitario. Por otra, los historiadores de las relaciones internacionales han señalado la persistencia de los intereses nacionales en la dinámica política del proceso de integración como uno de los principales factores explicativos de las recurrentes crisis europeas¹¹.

⁸ Véanse, en ese sentido, entre otros muchos y de dos posiciones antagónicas, MOSCOVICI, P.: *L'Europe est morte, vive l'Europe*, París, Rerrin, 2006, y TAYLOR, P.: *The End of European Integration: Anti-Europeanism Examined*, Londres, Routledge, 2008.

⁹ MORAVCSIK, A. M.: «In Defence of the Democratic Deficit: Reassessing Legitimacy in the European Union», *Journal of Common Market Studies*, 40-4 (2002), pp. 193-214.

¹⁰ Desde el punto de vista de la historia de la integración europea, véase HORNE, J.: «Une histoire à repenser», *Vingtième Siècle. Revue d'Histoire*, 71 (2001), pp. 67-72. Asimismo, interesa la lectura de «Entretien avec Pierre Gerbet» realizada el 3 mayo de 2007 por DULPHY, A., y MANIGAND, Ch., en «Portraits et témoignages», *Histoire@Politique. Politique, culture et société*, <www.histoire-politique.fr>. [consulta: 14 de mayo de 2008].

¹¹ MORENO JUSTE, A.: «Construcción europea e historia de las relaciones internacionales», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 19 (1997), pp. 114-142.

Ese debate, por otra parte, se ha venido definiendo históricamente a través de los temas más candentes de la agenda comunitaria como las sucesivas ampliaciones, los problemas de gobernabilidad o la moneda única¹². De hecho, desde los años setenta se ha repetido hasta convertirse en uno de esos lugares comunes, tan frecuentes cuando se discute sobre Europa, que los déficits de legitimación democrática de sus instituciones están en el corazón del estancamiento de la Europa política¹³, y se ha denunciado, cada vez con mayor insistencia a lo largo de la última década, que una de sus causas principales se encuentra en la creciente necesidad de coordinación, motivada por el aumento de las interdependencias provocadas por el proceso de globalización. Una situación que se ha traducido en acuerdos interestatales, que quedan condicionados por los juegos de poder de los gobiernos nacionales¹⁴. Es decir, a un nivel —el diplomático— que resulta muy opaco para la ciudadanía y en el que las decisiones políticas resultan más herméticas y más profundas al sistema.

Todo ello ha incidido en el interés por el estudio de los déficits de legitimación de la construcción europea, déficits que se han vinculado desde los años noventa —y desde diferentes disciplinas—¹⁵ a la falta de un espacio público. Como han afirmado Jürgen Habermas y Jacques Derrida, «sin una identidad política de los ciudadanos, que sólo puede formarse en un espacio público transnacional, Europa no puede adquirir capacidad de acción»¹⁶.

¹² Al respecto, puede ser interesante el testimonio de Bino Olivi, funcionario de la Comisión Europea y portavoz de la misma entre 1961 y 1979 (Sanem, 4 de abril de 2007), en «Interview à Bino Olivi», *Biblioteca Digital European Navigator (ENA)*, desarrollada por el *Centre Virtuel de la Connaissance sur l'Europe (CVCE)*, Luxemburgo, <www.ena.lu>. [consulta: 12 de junio de 2009].

¹³ Al respecto, véase el conocido trabajo de KAELBLE, H.: *Caminos hacia la democracia. Los déficits democráticos de la Unión Europea*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005.

¹⁴ HABERMAS, J.: «El Estado-nación europeo y las presiones de la globalización», *New Left Review*, 1 (2000), pp. 121-134.

¹⁵ Sobre la cuestión de la interdisciplinariedad y las posiciones de las diferentes ciencias sociales interesa la visión que del problema se da en DACHEUX, E. (ed.): *L'Europe qui se construit, réflexions sur l'espace public européen*, Saint-Etienne, Université de Saint-Etienne, 2003.

¹⁶ HABERMAS, J., y DERRIDA, J.: «El 15 de febrero o lo que une a los europeos», en HABERMAS, J.: *El Occidente escindido*, Madrid, Trotta, 2006, p. 47 Sin embargo, no existe consenso acerca de esta cuestión, ya que otro notable grupo de autores, entre los que se cuenta Ralph Dahrendorf, considera que es la falta de relevancia política de la Unión Europea, y no la falta de oportunidades ciudadanas, lo que puede imponer

Frente a los marcos nacionales en los que el espacio público hace posible la participación de los ciudadanos en la formulación y la consecución de las políticas públicas a través de los partidos políticos, elecciones, organizaciones no gubernamentales, iniciativas ciudadanas o movimientos sociales, en el ámbito comunitario el creciente déficit de *accountability* en la toma de decisiones ha acabado proyectándose, según Ulrich Beck, «sobre la representatividad de las instituciones, la transparencia de sus políticas públicas y el acceso a la información, afectando a las ya de por sí débiles relaciones entre Unión Europea y ciudadanía»¹⁷.

La razón se encuentra, para Éric Dacheux, en que no hay a escala europea un equivalente al espacio público nacional¹⁸. La Unión Europea es un espacio jurídico, un espacio económico en vías de unificación, pero no es todavía un espacio político, e incluso es dudoso que alguna vez lo sea, ya que Europa parece más un camino a recorrer que un punto de destino. De hecho, es complejo trasladar a un nivel europeo los espacios públicos nacionales porque, como escribe Hartmut Kaelble: «no existe un idioma común, ni tampoco organizaciones y foros compartidos de la sociedad civil; los medios de comunicación no suelen tener dimensión europea, y aún son demasiado débiles y poco intensas las comunicaciones entre intelectuales, representantes de grupos de presión o militantes de partidos políticos»¹⁹.

De aquí surge una paradoja ya clásica en el debate europeo: «Europa está más presente en la vida práctica de los europeos que en su vida afectiva; a pesar de los procesos de homogeneización, los

restricciones vinculantes a la participación política europea. Cf. MORAVCSIK, A. M.: «In Defence of the Democratic Deficit...», *op. cit.*, pp. 193-214. En esa línea véase GILLINGHAM, J. R.: *Design for a New Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006.

¹⁷ Para Beck, construir una nueva Europa implica impulsar la sociedad civil, de forma que deje de ser «el actor más débil en la política europea». «Los ciudadanos europeos —añade Beck— han de dejar de ser el objeto para volver a convertirse en el sujeto de una *europeización* cosmopolita». BECK, U.: «La Europa Cosmopolita», *Claves de Razón Práctica*, 155 (2005), pp. 11-12. Esos argumentos desarrollados con mayor profundidad en BECK, U.: *Reinventar Europa: una visión cosmopolita*, Barcelona, Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona, 2006.

¹⁸ DACHEUX, É.: «L'Espace public et débat public. Réflexions sur le référendum européen», *Mots. Les langages du politique*, <www.mots.revues.org/index687.html>. [consulta: 25 de octubre de 2007].

¹⁹ KAEUBLE, H.: *The European Public Sphere European*, Florencia, Florencia University Institute (Programme Max Weber, *Working Paper*), 2007-2009, pp. 4-5.

Europeos no se identifican con su continente. Aun aquellos que llevan una vida realmente transnacional, la identificación primaria sigue siendo nacional»²⁰. Su corolario, por expresarlo en términos de Zygmunt Bauman²¹, es que el *telos*, el aura metapolítica, que tradicionalmente ha rodeado el proceso de integración, ya no es suficiente. La estructura de la Europa política tal como ha estado siendo construida en las dos últimas décadas es para los ciudadanos demasiado lejana y abstracta. Hubo un tiempo en que la *unidad de Europa* concebida como *Comunidad* fue un ilusionante atractivo²². Ahora, dicha ilusión común ha decaído. Un declive que se inició con la firma del Tratado de Maastricht en 1991 y que, a lo largo de la década de los noventa, ha producido la desaparición del consenso permisivo ante el proyecto europeo. Consenso que había beneficiado a las elites dirigentes en el diseño del modelo de Unión Europea y al que ahora se comienzan a exigir responsabilidades en varios frentes. No puede sorprender, por tanto, que ante la falta de un espacio público europeo «los ciudadanos voten al Parlamento Europeo —según Habermas— desde planteamientos equivocados, esto es, desde planteamientos nacionales»²³.

Los debates sobre el espacio público europeo

Habermas y la idea de espacio público

A grandes rasgos, el espacio público se ha definido como una creación de la Ilustración que hunde sus raíces en el pensamiento de Emmanuel Kant²⁴ y que populariza Jürgen Habermas a partir de la

²⁰ HOBBSAWM, E. J.: «Europe: histoire, mythe, réalité», *Le Monde*, 11 de octubre de 2008, <www.LeMonde.fr>. [consulta: 18 de octubre de 2008]. Conferencia inaugural del ciclo «Les 27 leçons d'Histoire européenne par 27 grands historiens européens» (septiembre-diciembre de 2008), organizada por la Presidencia francesa de la Unión Europea, París, 22 de septiembre de 2008, <www.rdv-histoire.com/?q=node/338>.

²¹ BAUMAN, Z.: *Europa. Una aventura inacabada*, Madrid, Losada, 2006.

²² VARSORI, A.: «The origins and character of the European integration process», en CHRISOS, E.; PASCHALIS, M. K., y SVOLOPOULOS, C.: *The idea of European Community in History. «Conference Proceeding»*, Atenas, Universidad de Atenas-Ministerio de Educación y Asuntos Religiosos, 2003, pp. 235-253.

²³ HABERMAS, J.: ¡Ay Europa!, *op. cit.*, p. 182.

²⁴ Concretamente en dos textos de 1794. Cf. KANT, E.: *Idea para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre filosofía de la historia*, Madrid, Tecnos, 1994. Estudio preliminar de Roberto Rodríguez Aramayo, pp. 3-25.

publicación de su habilitación profesoral (*Strukturwandel der Öffentlichkeit*)²⁵, donde se apropia críticamente de ciertos elementos e instituciones de la tradición liberal, al tiempo que se distancia de la tradición marxista en algunos aspectos básicos. Su tesis principal es que una gran parte de los presupuestos teóricos liberales no se adecuan ya a las sociedades de *capitalismo tardío*²⁶.

En su estudio rastrea históricamente la génesis del concepto de «espacio público» en la sociedad burguesa y su posterior evolución y deformación en el siglo XX. Para ello, el *filósofo de Frankfurt* analiza el desarrollo y las características del debate público en el tránsito del siglo XVIII al XIX. Las reuniones informales desarrolladas en «salones», clubs y cafés de un selecto grupo de la burguesía, y la extensión de los primeros periódicos, permiten la aparición de una esfera de discusión y debate que cumple la función de ir transmitiendo las inquietudes y necesidades privadas a los poderes públicos, provocando el paso de «*bourgeois*» a «*citoyen*». Habermas, de este modo, fija su atención en los nuevos modos de relación social entre poderes públicos y ciudadanos que definen los contornos de la democracia liberal moderna²⁷. El grado de desarrollo de ese espacio público se mediría, continuando con su argumentación, por la conexión entre los debates parlamentarios y la opinión, y por el grado de interacción entre prensa y Estado, algo que el Estado liberal de derecho acabará por institucionalizar a lo largo del siglo XIX²⁸.

Por otra parte, considera que ese espacio público encarna «un conjunto de valores estrechamente vinculado al desarrollo economi-

²⁵ No se puede traducir al castellano el término *Öffentlichkeit*. Según diversos autores, el término «publicidad» es el que más se aproxima, aunque, para Fernando Vallespín, sólo si es capaz de acoger la existencia de un «espacio» donde algo se «publicita» y puede dar lugar a lo que consideramos como «opinión pública».

²⁶ La edición en francés llevó por título: *L'espace public: archéologie de la publicité comme dimension constitutive de la société bourgeoise*, París, Payot, 1978. El título en la traducción española ha sido *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, Gustavo Gili, 1994 (en la edición utilizada por nosotros).

²⁷ Al respecto véase CALHOUN, C.: «Introduction: Habermas and the Public Sphere», en CALHOUN, C. (ed.): *Habermas and the public sphere*, Cambridge, MIT, 1992, pp. 1-51.

²⁸ VALLESPÍN, F.: «Teoría del discurso y de la acción comunicativa en Jürgen Habermas», en MAIZ, R. (comp.): *Teorías políticas contemporáneas*, Valencia, Tirant Lo Blanch, 2009, pp. 135-161.

co y al ascenso de la burguesía»²⁹. De hecho, lo presenta, por un lado, como la forma dominante en el discurso de las sociedades europeas sometidas a procesos de socialización en la construcción del Estado liberal y la sociedad burguesa. Y por otro, lo valora como un elemento fundamental para generar los sentimientos de identidad en una sociedad, al desarrollarse ese *espacio público burgués* paralelamente a la emergencia del Estado-nación. Sin embargo, con la aparición de nuevos medios de comunicación, muchos de ellos bajo el control del Estado, el espacio público dejará progresivamente de estar ocupado por ciudadanos autónomos y se encontrará sometido a una cultura integradora y de mero «consumo» de noticias y entretenimiento, reestructurándose y facilitando la manipulación desde el poder. Habermas dota a la «publicidad», por tanto, de poder normativo. En su opinión, el poder sólo puede legitimarse, racionalizarse, mediante discusiones públicas en el marco de prácticas deliberativas libres. En suma, para Habermas, el ciudadano no puede limitarse a ser un sujeto de derechos, debe constituir y desarrollar su identidad política a través de relaciones intersubjetivas y buscar a través de ellas el reconocimiento y protagonismo político. Y ése, a su juicio, es el principio regulador de las sociedades democráticas.

Como no podía ser de otra manera, estos planteamientos no han dejado de suscitar la polémica³⁰. Si bien Habermas considera que la misma complejidad surgida del desarrollo en Europa occidental del Estado del Bienestar, sobre todo tras la Segunda Guerra Mundial, ha pervertido los mecanismos de concertación democrática en el interior de los Estados-nación³¹, no responde a lo que se debe hacer ante la erosión progresiva del tejido comunicativo por la creciente burocratización y racionalización social. Tres han sido las principales líneas del debate al respecto: las características de lo «público», la diferenciación entre público y privado, y la posibilidad de establecer por consenso normas universales mediante la comunicación racional³². Críti-

²⁹ HABERMAS, J.: «El Estado-nación europeo...», *op. cit.*, pp. 104 y ss.

³⁰ Un buen resumen de las críticas a Habermas en INNERARITY, D.: *El nuevo espacio público*, Madrid, Espasa Calpe, 2006, pp. 18-21.

³¹ Acerca del impacto de la democracia de masas sobre el espacio público en el contexto de las sociedades del bienestar véase HABERMAS, J.: *La constelación postnacional: ensayos políticos*, Barcelona, Paidós, 2000.

³² Al respecto véanse, sobre las *características de lo público*, FRASER, N.: «Rethinking the Public Sphere: A Contribution to the Critique of Actually Existing Demo-

cas a las que el propio Habermas ha respondido con revisiones significativas, pero sin desvirtuar en última instancia el contenido original de su modelo³³.

En lo que respecta a la construcción europea, por último, Habermas traslada a este ámbito su concepto de «*patriotismo constitucional*» como solución a la crisis del proyecto europeo. En su opinión, el problema reside en el gran desfase existente entre un sistema económico y administrativo en el ámbito europeo, y la manifiesta ausencia del correspondiente «mundo de la vida», en el que las diferentes culturas nacionales pudieran encontrarse en un *espacio público europeo*. El corolario de su argumento vendría a incidir en la idea de que si se avanza hacia una integración sistémica a nivel europeo es imprescindible el fortalecimiento de las estructuras de un espacio de ciudadanía compartida, ya que ésta sería la única manera de conseguir, por una parte, un debilitamiento de los sentimientos nacionales excluyentes en los países de Europa, y por otra, disciplinar las lógicas autónomas de un sistema económico y administrativo percibido como lejano y tecnocrático³⁴. Observemos esos marcos con más atención.

cracy», en CALHOUN, C. (ed.): *Habermas...*, *op. cit.*, pp. 109-142; WALZER, M.: *Liberalismo, Comunitarismo y Democracia*, Barcelona, Paidós, 1996, pp. 47-64, y TAYLOR, Ch.: «Equívocos: el debate liberalismo-comunitarismo», en TAYLOR, Ch.: *Argumentos filosóficos*, Barcelona, Paidós, 1997, pp. 239-268. En torno a la *diferenciación entre lo público y lo privado*, ELEY, G.: «Nation, Publics and Political Cultures: Placing Habermas in the Nineteenth Century», en DIRKS, N. B.; ELEY, G., y ORTUER, S. B. (eds.): *Culture, Power, History: A reader in contemporary social theory*, Princeton, Princeton University Press, 1993, pp. 297-335, y WALZER, M.: *Las esferas de la justicia. Una defensa del pluralismo y la igualdad*, México, FCE, 1993. Acerca de las *normas universales y comunicación*, RICOEUR, P.: *Tiempo y narración. El tiempo narrado*, México, Siglo XXI, 2006, pp. 966-968 y 975-986.

³³ Según Dacheux, en esa labor juega un papel de primer orden el concepto de *democracia deliberativa*, síntesis de tres visiones diferentes de la idea de democracia. La primera, de carácter liberal, se centra en los derechos individuales, mientras que la segunda adquiere un matiz netamente republicano al basarse en los derechos de participación política. La tercera es sistémica y se centra en la inexorable división de nuestras sociedades en complejos subsistemas autopoiéticos que se regulan de forma independiente a sus ciudadanos. Estas tres teorías no son forzosamente complementarias, por lo que toma elementos de las tres. Por otra parte, el espacio público político, en su opinión, no puede concebirse como una institución ni seguramente como una organización. No constituye un sistema. Admite ciertas fronteras interiores, pero vista desde el exterior se caracteriza por unos horizontes abiertos, porosos y móviles. DACHEUX, E. (ed.): *L'Europe...*, *op. cit.*, pp. 25-29.

³⁴ HABERMAS, J.: «¿Por qué Europa necesita una Constitución?», *New Left Review*, 11 (2001), pp. 5-25.

Integración europea, espacios públicos y europeización

El espacio público contemporáneo, independientemente de su esfera *local, nacional o internacional*, posee tres dimensiones que, aunque indisociables en la práctica, son susceptibles de distinguirse analíticamente³⁵:

— *Un espacio de mediación* que permite un tipo de comunicación capaz de forjar un marco simbólico común pero no comunitario, en el que se adjudican a los actores roles sociales únicos y conductas públicas inmutables.

— *Un espacio de comunicación política y no de enfrentamiento*, ya que debe cumplir la función de reflexión crítica que refuerce la sociedad democrática y no un campo de confrontación que la desintegre. Para ello necesita que sus ciudadanos compartan un mismo espacio comunicacional.

— *Un espacio de participación política*, lo que implica también un compromiso militante. Ese rasgo lo distingue de otros espacios que instituyen la democracia, en especial, los *espacios doméstico y político*. El primero está directamente relacionado con los medios de comunicación y es la base del espacio público. Éste a su vez, se constituye en sustrato del *espacio político* a partir del proceso de toma de decisiones.

De acuerdo con estas premisas, el debate en torno al espacio público europeo desarrollado en la última década no tiene como objeto concluir si el resultado de la integración europea es un proceso democrático, que, ciertamente, no lo es, sino desarrollar una discusión científica en torno a su naturaleza política y en el que se valoren las tres funciones del espacio público: como *lugar de legitimación política*, como *fundamento de la comunidad política* y como *puesta en escena de la política*.

En primer lugar, la cuestión del espacio público se suscita como parte de un debate político y académico más amplio que considera la posibilidad de un *espacio público transnacional o global* que supere las fronteras estatales, coincidiendo con las polémicas en torno a la crisis del Estado-nación y bajo el impacto de la globalización³⁶. Desde esa

³⁵ DACHEUX, E. (ed.): *L'Europe...*, op. cit., pp. 27 y ss.

³⁶ INNERARITY, D.: *El nuevo espacio...*, op. cit., pp. 224 y ss.

perspectiva, el modelo de espacio público ha sido utilizado para intentar definir y entender la Unión Europea, especialmente ante sus problemas de déficit democrático y legitimación. El punto de partida —como no podía ser de otra manera— ha sido el discurso de Habermas acerca de la formación de una identidad política europea³⁷. De su modelo se recoge la idea de que un espacio público a escala europea permitiría a los ciudadanos tener la oportunidad de participar en los mecanismos de comunicación política, lo que contribuiría a la legitimación del proyecto europeo.

Para sus defensores, más o menos próximos a planteamientos federalistas³⁸, la legitimación podría producirse a partir de una reforma del proceso de toma de decisiones en aras de una mayor transparencia y mediante el establecimiento de mecanismos de inclusión y participación ciudadana que propiciasen su control democrático, afectando —a su vez— de forma positiva a la valoración de las políticas públicas formuladas desde Bruselas. Todo ello, finalmente, coadyuvaría a un sentimiento común de ciudadanía, con los favorables efectos que podrían derivarse para la identidad europea³⁹.

Por el contrario, desde sectores menos europeístas se ha negado la existencia de un espacio público europeo y se han mostrado pesimistas ante su posible emergencia en un futuro⁴⁰. Concretamente, desde un *euroescepticismo* más o menos britanizado⁴¹ se ha argumentado que no

³⁷ Un buen resumen en HABERMAS, J.: «Construcción de una identidad política europea», en CASTELLS, M., y SERRA, N. (eds.): *Europa en construcción, integración, identidades y seguridad*, Barcelona, CIDOB, 2003, pp. 35-48. Al respecto véase CROSSLEY, N., y MICHAEL, J. (eds.): *After Habermas. New perspectives on the Public Sphere*, Oxford, Blackwell, 2004.

³⁸ Sobre la relación entre federalismo y construcción europea véase CROISAT, M., y QUERMONNE, J.: *L'Europe et le fédéralisme*, París, Montchrestien, 2001. Acerca de las diferentes aproximaciones teóricas véase ANDERSON, P.: *Theory of European Integration: a Geoculture*, Florencia, European University Institute (Programme Max Weber, Working Paper, Lecture núm. 2008/02), y NELSEN, F. B., y STUBB, A. C.-G. (eds.): *The European Union: Readings on the Theory and Practice of European Integration*, Londres, Lynne Rienner Publishers, 2003.

³⁹ INNERARITY, D.: *El nuevo espacio...*, *op. cit.*, pp. 242-245.

⁴⁰ En esa línea interesa la lectura del reciente trabajo de FOSSUM, J. E., y SCHLESINGER, Ph. R. (eds.): *The European Union and the Public Sphere. A Communicative Space in the Making?*, Londres, Routledge, 2008.

⁴¹ Para una aproximación a ese discurso véase SIEDENTOP, L.: *La democracia en Europa*, Madrid, Siglo XXI, 2001; con unos planteamientos más actualizados el ya citado libro de TAYLOR, P.: *The End of European Integration...*, *op. cit.*

se dan las precondiciones necesarias para su desarrollo, como pueden ser la existencia de auténticos actores políticos europeos: partidos políticos, grupos de presión, una sociedad civil organizada y medios de comunicación. Según esta posición, académicamente vinculada al *intergubernamentalismo*⁴², para alcanzar esos elementos necesarios, las instituciones comunitarias tendrían que asumir cada vez más protagonismo respecto a los gobiernos de los Estados miembros de la Unión y generar una cierta independencia respecto a éstos, lo que no resulta probable. Una segunda posición, más atemperada y posibilista, considera que, independientemente de que un espacio público europeo sea posible o no, las categorías y funciones del espacio público sólo son aplicables a escala del Estado-nación y no de la Unión Europea⁴³.

Junto a ellas, en la literatura reciente sobre integración europea ha aparecido una nueva generación de formulaciones que incide en la conexión de los espacios públicos nacionales a través de los procesos de *europización*. Término este último que, en los últimos años, ha pasado a formar parte de la gran mayoría de investigaciones sobre el proceso de integración europea⁴⁴ y que se ha ido abriendo un lugar entre las tradicionales aproximaciones teóricas que analizan el proceso de integración europea, aunque no tiene una definición estable o precisa⁴⁵. De hecho, se trata de un concepto interdisciplinar en las ciencias sociales que define una gran variedad de fenómenos vincula-

⁴² Sobre esta escuela, MORAVCSIK, A.: *The Choice for Europe. Social Purpose and State Power from Messina to Maastricht*, Ithaca, Cornell University Press, 1999 (existe una reedición actualizada de 2005). Acerca de su engarce en el contexto general de las teorías sobre integración europea véase MARISCAL, N.: *Teorías políticas de la integración europea*, Madrid, Tecnos, 2003, pp. 201-229. Para su encuadre en el ámbito de las relaciones internacionales, SODUPE, K.: *La teoría de las relaciones internacionales a comienzos del siglo XXI*, Leioa, Universidad del País Vasco, 2003.

⁴³ Véase RISSE, Th.: *An emerging European public sphere? Theoretical clarifications and empirical indicators*, ponencia presentada a la Conferencia anual de la European Union Studies Association (EUSA), Nashville, 2003, <www.aei.pitt.edu/6556/>. [consulta: 18 de junio de 2009].

⁴⁴ Véase al respecto el resumen que ofrece MORATA, F.: «Introducción», en *España en Europa. Europa en España*, Barcelona, Instituto Universitari d'Etudis Europeus, 2007, pp. 19-22. Asimismo, MORENO JUSTE, A.: «Europeización», en PEREIRA, J. C. (dir.): *Diccionario de relaciones internacionales y política exterior*, Barcelona, Ariel, 2008, pp. 394-395.

⁴⁵ Entre los principales autores de esta corriente destacan Mitrany, Haas, Nye o Schmitter. Sobre las corrientes funcionalistas véase MARISCAL, N.: *Teorías políticas...*, *op. cit.*, pp. 26-29 y 131-172.

dos con el cambio⁴⁶ y que surge como respuesta a los retos de unas nuevas agendas de investigación cuyo objeto de estudio es una entidad transnacional en construcción con unos útiles intelectuales surgidos en una época en la que no se cuestionaba el papel del Estado-nación. Epistemológicamente, se ubica en la intersección entre la política comparada, las relaciones internacionales y el análisis de las políticas públicas⁴⁷.

La utilización del *concepto de europeización* en relación con el espacio público, por último, implica distinguir entre un espacio público europeo y la europeización de los espacios públicos nacionales⁴⁸. Distinción que se fundamenta a su vez en la aplicación del modelo europeo de *gobernanza*⁴⁹ multinivel, que considera a la Unión Europea como un sistema político multinivel que no tiene que estar necesariamente supeditado al sistema de los Estados-nación europeos. De ello se infiere que la europeización puede adoptar diferentes formas, cuya tipología, en líneas generales, presentaría los siguientes casos⁵⁰:

— *Supranacionalización*. Implica el desarrollo de un espacio público perfecto, con una estructura y concepción similar a los espa-

⁴⁶ RADAELLI, C.: «Wither Europeanization? Concept Stretching and Substantive Change», *European Integration online Papers (EIoP)*, <www.eiop.or.at/eiop/texte/2000-008a.htm>. [consulta: 4 de julio de 2009].

⁴⁷ SUREL, Y.: «L'intégration européenne vue par l'approche cognitive et normative des politiques publiques», *Cahiers européens de Sciences Politiques*, 2 (2002), pp. 1-21.

⁴⁸ RADAELLI, C.: «The Domestic Impact of European Union Public Policy: Notes on Concepts, Methods and the Challenge of Empirical research», *Politique européenne*, 5 (2002), pp. 105-136.

⁴⁹ El término *governance* designa el conjunto de mecanismos alternativos de carácter político entre diferentes grupos, redes y subsistemas susceptibles de hacer posible la acción de gobierno. En el contexto de los estudios comunitarios, la noción *governanza* multinivel es frecuentemente asociada al funcionamiento de la Unión Europea. Cf. MORENO JUSTE, A.: «Gobernanza europea», en PEREIRA, J. C. (dir.): *Diccionario de Relaciones Internacionales y Política Exterior*, Barcelona, Ariel, 2008, pp. 435-437. Asimismo véase, entre otros, GARY, M.; SCHARPF, F. W.; SCHMITTER, P. C., y STRECK, W.: *Governance in the European Union*, Londres, Sage Publications, 1996.

⁵⁰ Cf. APARICIO ROMERO, J. L.: *¿Emergencia de la esfera pública europea o europeización de la esfera pública nacional?: el caso de España, de las elecciones europeas de 2004 al referéndum sobre el Tratado Constitucional de 2005*, Memoria de Investigación en el Institut Universitari d'Etudis Europeus, Universitat Autònoma de Barcelona, 2006, pp. 24-25, y MEYER, M. F.: *The Europeanization of National Public Spheres: Political Discourses in Germany, Spain, and the United Kingdom*, tesis (Master de Filosofía), Cambridge University, 2005, pp. 18-23.

cios públicos nacionales, con actores, medios de comunicación a escala europea, partidos políticos europeos, grupos de interés, movimientos sociales, etcétera.

— *Desarrollo del interés nacional con relación a Europa*. Los espacios públicos nacionales pueden europeizarse si el debate público nacional y la acción colectiva empiezan a referirse cada vez con mayor frecuencia al proceso de integración europea.

— *Convergencia vertical desde arriba*. Aunque no se hagan referencias al proceso de integración europea dentro de los espacios públicos nacionales, el proceso puede llevar a una convergencia de los debates desarrollados en los Estados miembros si existe una agenda de cuestiones similar al mismo tiempo.

— *Convergencia horizontal a través de la difusión nacional*. Resultaría de la interdependencia, sobre todo económica, entre Estados miembros, como consecuencia de los efectos a medio-largo plazo del mercado único y del euro. Este tipo de europeización es deudor de los planteamientos doctrinales funcionalistas y, en especial, del efecto *spill-over* (desbordamiento)⁵¹, que aplican al debate público bajo algunas premisas: el desarrollo de políticas y debates públicos que se generan en los Estados miembros son cada vez más importantes para el resto, ya que al responder al mismo conjunto de problemas, por mimetismo, podrían acabar apareciendo en sus respectivos espacios públicos nacionales.

— *Europa como una nueva dimensión de conflicto en los espacios públicos*. El proceso de integración europea puede generar vencedores y perdedores dentro de cada espacio público nacional. Algunos actores pueden perder con el proceso, pudiéndose generar, en consecuencia, conflictos de intereses dentro de cada espacio público nacional.

En resumen, y en relación con el método, dos han sido las posturas principales. Por una parte, los que consideran necesario crear una superestructura, es decir, introducir un nivel más elevado de comunicación con medios de comunicación propios, que se difundieran en una segunda lengua en Europa. Y por otra, aquellos que piensan que ésa es una premisa equivocada, que la solución no es la construcción de un espacio público supranacional, sino la transnacionalización de

⁵¹ En torno al concepto *spill-over* véase MARISCAL, N.: *Teorías políticas...*, *op. cit.*, pp. 140-146.

las esferas públicas nacionales existentes, es decir, la europeización de los espacios públicos nacionales.

Esta última posición parece un factor más asequible de alcanzar que un genuino espacio público europeo. El primer caso es un proceso que ya se viene dando paulatinamente desde que se inició la integración europea en la inmediata posguerra mundial. El problema en el segundo caso es si la agregación de aspectos europeos en los espacios públicos nacionales será suficiente para generar una opinión pública europea que pueda legitimar la Unión Europea. Precisamente, sobre esas coordenadas se suscita la cuestión del espacio público en el entorno del estudio histórico del proceso de integración.

Espacio público e historia de la integración europea

Para el historiador, una primera consideración sobre la idea de espacio público exige reconocer que es un concepto problemático, tanto por las dificultades inherentes a la aprehensión de su significado como por el uso y abuso que del término se ha experimentado en los últimos años.

Por un lado, su *compleja semántica*, ya que no coincide el significado asignado en el ámbito político y en el ámbito científico. Espacio público se ha convertido en una *expresión de moda* por razones más sociológicas que políticas, reforzando su significado. Hoy hablar de espacio público implica hablar de la existencia de individuos más o menos autónomos, capaces de tener sus propias opiniones, no «alienados por los discursos dominantes», que rechazan la violencia física e imponen la legitimidad de la palabra, pero también ampliando su connotación ideológica, especialmente a partir de una revalorización de la idea de lo «público» frente a la tendencia a maximizar lo privado, que se identifica con lo «conservador» pero, sobre todo, con las tendencias privatizadoras dominantes en el ámbito de la economía y de los servicios públicos⁵².

Por otro lado, su misma *ambigüedad*, ya que si bien remite a una realidad social histórica concreta, también hace referencia a una concepción normativa de la vida democrática. Posiblemente en esa ambi-

⁵² Cf. ELEY, G.: *Forging Democracy: The History of the Left in Europe, 1850-2000*, Oxford, Oxford University Press, 2002, pp. 202-206.

güedad resida el interés heurístico del concepto que ayude a explicar por qué numerosos investigadores le han dedicado atención en los últimos veinte años desde las más variadas perspectivas y en medio de sonoras polémicas políticas e intelectuales. Su valor de uso ha propiciado ciertamente el diálogo interdisciplinar, pero al coste de generar grandes incomprendiones, ya que cada disciplina invoca perspectivas diferentes en su consideración (filosofía, historia, arquitectura...). No obstante, desde el punto de vista de la teoría social resulta algo más que una mera alternativa a la noción estructuralista de sistema político y, desde luego, no emerge con vocación de concepto totalizador y excluyente, ni conlleva tendencia hegemónica alguna, ya que su estudio sólo es posible en relación con la economía, la sociedad, la cultura y el lenguaje.

Precisamente, la necesidad de comprender los espacios públicos actuales y de descubrir su complejidad, precariedad o indeterminación hace imprescindible la reflexión histórica en la que se deben hallar presentes «el recuerdo y el olvido a la hora de entendernos a nosotros mismos al dotar a nuestra identidad colectiva de una profunda conciencia de su contingencia y mantiene el futuro abierto como una realidad indisponible»⁵³. Por último, es necesario añadir que, desde la perspectiva de la Historia, el concepto de espacio público fue cooptado como préstamo interdisciplinar por parte de la historiografía anglosajona ochocentista⁵⁴, en el contexto de revalorización de la historia política de los años ochenta de la centuria pasada.

Unos límites muy imprecisos

Timothy Garton Ash⁵⁵, en un homenaje a la generación de europeos de posguerra que creyeron en la necesidad de una Europa unida, escribía hace unos meses: «Cuando hablamos de Europa, no estamos hablando de las instituciones concretas de Bruselas. Hablamos de

⁵³ GALLI, C.: *Spazi politici. L'età moderna e l'età globale*, Bolonia, Il Mulino, 2001, pp. 136-149.

⁵⁴ ORSINA, G.: «Il dito e la luna. Politica, cultura e società nella storiografia inglese degli anni novanta», en ORSINA, G. (ed.): *Fare Storia Politica. Il problema dello spazio pubblico nell'età contemporanea*, Cattanzaro, Rubbetino, 2000, pp. 117-118.

⁵⁵ GARTON ASH, T.: «Ha llegado el momento de la historia», *El País*, 27 de julio de 2009.

la totalidad de un sistema legal, político y económico, una forma de sociedad, un espíritu ético, un compromiso que, a través de unas naciones europeas distintas, sitúan la dignidad y la libertad individual del ser humano en primer lugar, en el último y en el centro». Sin embargo, los Estados-nación continúan siendo hoy el soporte más habitual de las identidades colectivas y la autodefinición de los europeos se sigue produciendo en términos nacionales; al tiempo que los elementos constructivos básicos de la política europea son los estados territoriales centralmente gobernados y administrados, y no la Unión Europea.

Más allá de la aparente contradicción entre ambas posturas, lo cierto es que la integración europea presenta unas singularidades que la diferencian de los procesos de construcción nacional, ya que no exige, entre otras cosas, dramatizar el peligro exterior para asegurar la cohesión interior⁵⁶. Es un proceso histórico cuya dinámica resulta de la tensión entre la *interestatalidad* y la *supraestatalidad*, en un movimiento que protagonizan sobre todo los Estados, pero que, al mismo tiempo, los supera. Precisamente, es en esa dinámica en la que se ha planteado la discusión sobre la pertinencia de un espacio público europeo, un debate donde inciden, desde el punto de vista de la historia, el complejo marco de las miradas que se han proyectado sobre Europa.

En primer lugar, Europa ha sido representada como una pequeña comunidad de eruditos que operaban más allá de las fronteras nacionales a través de un lenguaje común, primero el latín, ayer el francés y hoy el inglés. Una «*república de las letras*», unida por su creencia en la razón, la educación, el progreso, así como en la posibilidad de una mejora de la condición humana en su totalidad, es decir, por los valores de la Ilustración. En segundo lugar, Europa se ha equiparado a un modelo basado en unas redes urbanas que han permitido una mejora social general, basada en una economía comercial e industrial dinámica, la educación, la cultura y la ideología, así como en un conjunto de instituciones, estructurado mediante el vocabulario de la acción política colectiva. Finalmente, el actual proceso de *globalización* y los cincuenta años de *construcción europea* han iniciado un proceso de creación de un sentido entre los ciudadanos europeos —aunque todavía no una identidad común, ciertamente—, pero sí de mayor diferenciación con los habitantes de otras regiones del planeta.

⁵⁶ Entre otros, HABERMAS, J.: «El Estado-nación europeo y las presiones de la globalización», *New Left Review*, 1 (2000), pp. 121-134.

Esas representaciones permiten avanzar una primera, aunque incompleta, aproximación de la noción de espacio público europeo, que podemos intentar definir como una construcción más mental que geográfica, moldeada por el peso de las historias nacionales y cuyos contenidos —fluctuantes e imprecisos— se caracterizan por mantener una cierta especificidad respecto a otros ámbitos políticos o identitarios, es decir, una agregación de diferentes espacios nacionales en trance de *européización* y no tanto un espacio central a la sociedad europea perfectamente delimitado.

Un segundo rasgo a destacar es la complejidad que deriva de su relación con el poder, ya que si bien es un concepto formulado desde la filosofía política, sus tesis han sido reinterpretadas por militantes del federalismo europeo, y su importancia hay que relacionarla con el apoyo de las instituciones europeas. De hecho, su influencia sobre el medio universitario procede en gran medida de su simbiosis con la política comunitaria, alcanzando también —como no podía ser de otro modo— la propia dimensión académica de la historiografía europea.

En términos heurísticos, el espacio público no es una categoría empírica, es un concepto que incide de forma nada desdeñable en la conformación de la realidad en la medida en que los investigadores intentan acotar sus premisas de estudio, mientras que los actores políticos intentan introducirse y condicionar el debate científico. Desde esa perspectiva es cada vez más compleja la separación entre hechos y normas en el estudio del espacio público contemporáneo y es dudoso que sea posible ni deseable en el caso europeo. Imposible, porque el investigador no puede objetivar una realidad política que él mismo contribuye a construir, ya que sus trabajos son leídos, continuados e introducidos tanto en la actividad como en el discurso por los actores políticos⁵⁷. Poco deseable, porque la idea de espacio público conlleva una determinada concepción de la democracia donde los actores

⁵⁷ Acerca de las iniciativas de las instituciones europeas para la creación de un espacio público europeo (véase <www.europa.eu.int/comm/governance/in-dexen.htm>, 485) cabe destacar la creación de una subcomisión sobre espacio público europeo en el marco de la preparación del *Libro Blanco* sobre *governance* encargado por la Comisión Europea y dirigido por Niels Thøgersen (2001-2003), *Livre blanc sur la gouvernance européenne. Chantier nombre 1. Elargir et enrichir le débat public sur les enjeux européens*, <www.ec.europa.eu/governance/areas/group1/report_fr.pdf>. [consulta: 24 de octubre de 2007].

asociativos e institucionales actúan para crear unos espacios de debate europeo. Y si bien la Unión Europea carece de un espacio público central, amplio y popular, existen unos espacios públicos más o menos sectoriales y dependientes de las instituciones donde los actores políticos desarrollan debates europeos sobre cuestiones europeas. La Historia de Europa es uno de ellos.

El historiador, pues, directa o indirectamente y con mayor o menor grado de conciencia, se ve afectado por esa dinámica. En el caso de la historia de Europa, aunque no de forma única ni excluyente, los debates historiográficos se producen desde hace décadas dentro de un espacio público transnacional, dado que el incremento y el desarrollo del proceso de internacionalización de las historiografías europeas ha permitido dibujar unas líneas de trabajo comunes que cada vez han resultado más significativas y que han reunido un gran apoyo institucional.

De hecho, en el núcleo del desarrollo de la historia de la integración europea desde los años ochenta se encuentra la idea de *européizar a los historiadores europeos* a través de la formación de una red que se reuniera cada dos o tres años y examinase los resultados en perspectiva comparada de las políticas nacionales hacia Europa, el *European Community Liaison Committee of Historians*, creado en 1982⁵⁸.

⁵⁸ El *European Community Liaison Committee of Historians*, o *Groupe de liaison des Historiens européens sur le création et le développement des Communautés européennes*, ha estudiado el proceso de integración en perspectiva comparada, desde sus primeras fases en la inmediata posguerra hasta los años setenta, en una serie de conferencias iniciadas en 1984 y que continúan en la actualidad: POIDEVIN, R. (dir.): *Histoire des débuts de la construction européenne, mars 1948-mai 1950*, Bruselas, Groupe de Liaison des Historiens auprès des Communautés-Bruylant, 1986; SCHAWABE, K. (dir.): *Die Anfänge des Schuman-Plans, 1950-1951*, Baden-Baden, Publication of the European Community Liaison Committee of Historians-Verlagsgesellschaft, 1988; SERRA, E. (dir.): *Il rilancio dell'Europa e i trattati di Roma. La relance européen et les Traités de Rome*, Milán, Groupe de Liaison des Historiens auprès des Communautés-Giuffré, 1989; TRAUSSCH, G. (ed.): *The European Integration from the Schuman-Plan to the Treaties of Rome. Projects and Initiatives. Disappointments and failures*, Baden-Baden, Groupe de Liaison des Historiens auprès des communautés-Nomos-Verlag, 1993; DUMOULIN, M. (ed.): *Plans des temps de guerre pour l'Europe d'après-guerre, 1940-1947*, Baden-Baden, Groupe de Liaison des Historiens auprès des communautés-Nomos-Verlag, 1995; DEIGTON, A., y MILLWARD, A. S. (dirs.): *Widening, Deepening and Acceleration: The European Economic Community, 1957-1963*, Baden-Baden, Groupe de Liaison des Historiens auprès des Communautés-Nomos-Verlag, 1999, y LOTH, W. (ed.): *Crises and Compromises: The European project, 1963-1969*, Baden-Baden, Groupe de Liaison des Historiens auprès des Communautés-Nomos-Verlag,

Sus efectos, de carácter transversal, han afectado desde el diseño de las agendas de investigación a un conjunto cada vez mayor de países europeos —desde los seis países originalmente signatarios de los tratados de Roma—, bien como problematización política del proyecto comunitario o bien como conflicto simbólico en torno a la identidad y cultura europeas, pero también es cierto que muchas de las consecuencias de estos debates sólo tienen sentido en contextos nacionales de consumo interno.

Una tercera observación exige tener en cuenta una dificultad inherente y específica de los estudios históricos sobre el proceso de construcción europea, tal y como se puso de manifiesto en las conclusiones del *Seminario de Blois*, en noviembre de 2001⁵⁹. Los elementos teleológicos introducidos por la vocación europeísta de muchos historiadores están presentes en muchas de las interpretaciones al uso, que parecen haber estado más cerca —y aún lo están en ciertos ámbitos— del relato mitológico que de un riguroso análisis histórico que alejen a la historia de Europa de aproximaciones teleológicas, identitarias o idealistas. Como ha afirmado recientemente Eric Hobsbawm, «de la política a los mitos no hay más que un paso. El mito europeo por excelencia es el de la identidad primordial»⁶⁰. Y son numerosos los autores que, junto a Jean Pierre Rioux⁶¹, piensan que escribir la historia de Europa es una tarea que se ve complicada por la «Europa tecnocrática de Bruselas», ya que induce a la prueba *a fortiori* de que no hay, o hay poco o ningún espacio, para una historia europea fuera de una historia militante y «bruseliense». Y, sin embargo, no queda tan lejos el pensamiento de Pierre Bourdieu de las concepciones de Habermas, cuando dice esperar de la Unión Europea «un estado social supranacional capaz de obtener la confianza del pueblo»⁶².

En cuarto lugar, el estudio del espacio público europeo desde la perspectiva de la historia de la integración europea ha comenzado su andadura muy recientemente. La mayoría de las aproximaciones al problema se han desarrollado en el marco de las transformaciones

2001. En la divulgación de sus trabajos también debe destacarse la creación, en 1995, de *Journal of European Integration History*.

⁵⁹ RIOUX, J. P.: «Le Séminaire européen de Blois», *Vingtième Siècle. Revue d'Histoire*, 71 (2001), pp. 55-61.

⁶⁰ HOBBSAWM, E. J.: «Europe: histoire, mythe, réalité», *op. cit.*

⁶¹ RIOUX, J. P.: «Le Séminaire européen...», *op. cit.*, pp. 57-58.

⁶² Recogido por TRAUSSCH, G.: «Crise et ambiguïtés...», *op. cit.*, p. 6.

metodológicas y de las búsquedas de nuevos objetos de estudio generados en el último decenio, cuyo horizonte parece ser una redefinición en profundidad de los métodos y contenidos de la historia de la integración europea.

En ese sentido, es necesario tener presente el papel menor de las teorías explicativas sobre la integración europea en los estudios sobre su historia. A grandes rasgos, se ha considerado que esas explicaciones tenían más que ver con las expectativas y las vías de desarrollo para una mayor integración que con una descripción empírica suficiente de lo que había ocurrido⁶³ y, en general, aún hoy persiste la impresión de que los historiadores de la integración europea no se han preocupado mucho por los modelos teóricos, de la misma manera que la historia ocupa en lugar marginal en las interpretaciones politológicas⁶⁴.

A esas observaciones es preciso añadir ciertas dificultades inherentes al objeto de estudio (entre ellas, el acceso a fuentes relevantes o una metodología claramente definida), pero también su reciente irrupción dentro del panorama de las ciencias humanas y sociales y la forma en que se ha producido —vinculado, como hemos visto, al debate más político que académico sobre el futuro del proyecto europeo y sus déficits democráticos—, y que ha favorecido que sea un terreno propicio para filósofos, sociólogos y politólogos, y en el que hasta fecha reciente no han sido frecuentes los proyectos de investigación de carácter interdisciplinar con participación de historiadores⁶⁵. Y también, una paradoja de difícil explicación: el interés por el espacio público europeo responde precisamente al bajo nivel de desarrollo alcanzado por éste en el marco de la construcción europea. Su presencia en las agendas de investigación no es tanto una consecuencia

⁶³ DELOYE, Y.: «Éléments pour une approche sociohistorique de la construction européenne. Un premier état des lieux. Introduction», en DELOYE, Y. (dir.): *La socio-histoire de l'intégration européenne, Politique Européenne*, 18 (2006), pp. 4 y ss.

⁶⁴ PINE, M.: «European integration: a meeting ground for history and political science?», *Journal of European Integration History*, 14-1 (2008), pp. 87-104.

⁶⁵ Al respecto cabe señalar el proyecto de investigación *Intégration et Coopération dans l'espace européen* en París III dirigido por el profesor Frédéric Bozo. El proyecto tiene como objetivo estudiar la construcción europea en todos los aspectos y en todas las direcciones a través de un equipo multidisciplinar en el que se dan cita historiadores, juristas, economistas y politólogos en torno a cuatro ejes: identidades europeas, la construcción de un constitucionalismo europeo, Europa en la mundialización y ciudadanía y sociedades civiles en Europa. Cf. <www.recherche.univ-paris3.fr/2R1-S!-EZ2291.php>. [consulta: 15 de octubre de 2008].

de los avances del proceso de integración como un indicador de su estancamiento. Es decir, a más crisis del proceso de integración, más debate sobre el espacio público europeo y, por tanto, mayor demanda de este tipo de estudios⁶⁶.

El estudio del origen de las representaciones parlamentarias en el proceso de construcción europea puede ser un buen botón de muestra de esa situación, desde un punto de vista histórico. La búsqueda de las interacciones entre los espacios nacionales, las movilizaciones transnacionales en la Europa de la inmediata posguerra mundial —Congreso de La Haya, declaración Schuman, Consejo de Europa...— y los inevitables desencuentros entre las posiciones nacionales defendidas por las elites políticas han puesto de manifiesto la oposición social que en diferentes ámbitos generó en esos años el proyecto europeo⁶⁷, poniendo en evidencia la retórica tradicionalmente complaciente del discurso europeísta imperante —y que Jost Dülffer define como «*Christmas story*»—⁶⁸ en el que, con diferentes variantes, se narra el avance y la expansión de la construcción europea, primero de seis a nueve países, después a doce, luego a quince, hasta los actuales veintisiete Estados miembros de la Unión Europea.

No es ninguna novedad, por tanto, afirmar que una gran mayoría de políticos y estudiosos han venido considerando la integración europea como la historia ejemplar que ha convertido a los antiguos enemigos en socios, ha unido políticamente a todo un continente y ha estimulado paralelamente la acumulación y redistribución de riqueza. Desde esta perspectiva, Europa se habría convertido en un modelo político y en un referente económico y cultural para el mundo: un continente de paz que se construye a través del proceso de integración, lo que Jeremy Rifkin definió hace unos años como «el sueño europeo»⁶⁹. Como no podía ser de otra manera, esa representación exi-

⁶⁶ GILLINGHAM, J. R.: «A Theoretical Vacuum: European Integration and Historical Research Today», *Journal of European Integration History*, 14-1 (2008), pp. 27-34.

⁶⁷ COHEN, A.: «Le Congrès en assemblées. La structuration de l'espace politique transnational européen au lendemain de la guerre», *Politique Européenne*, 18 (2006), pp. 54-72.

⁶⁸ DULFFER, J.: «The Balance of Historiography. The History of European Integration: from Integration History to the History of Integrated Europe», en LOTH, W. (ed.): *Experiencing Europe. 50 Years of European Construction, 1957-2007*, Bruselas, Nomos, 2008, pp. 17-32.

⁶⁹ RIFKIN, J.: *El sueño europeo. Cómo la visión europea del futuro esta eclipsando el sueño americano*, Barcelona, Paidós, 2004.

tosa está muy relacionada con el campo de la historia. «Una y otra vez —escribe Jost Dülffer— los historiadores han retratado la historia de Europa como *una historia de éxito sin precedentes*»⁷⁰.

Sin embargo, la historia de Europa es una historia problemática, cuya primera dificultad, afirma Robert Frank, se encuentra en que no se ha alcanzado un consenso claro sobre su objeto⁷¹, sobre qué se entiende por historia de Europa cuando se plantea en un contexto intergracionista. Y lo cierto es que, en demasiadas ocasiones, no está claro de qué Europa hablamos: de una Europa-continente, de una Europa civilización, de una Europa-ideal o de una Europa en construcción.

Vivian Redding⁷², comisaria europea de Cultura en la *Comisión Prodi*, ha calificado la historia de Europa como una historia *sui generis*, pero esa valoración por sí sola no ha bastado para romper con cierta visión determinista dominante hasta mediada la década de los ochenta, momento en que comenzó a proyectarse una imagen mucho menos poética de las representaciones tradicionales sobre la historia de la construcción europea⁷³. Y a ese respecto conviene recordar que

⁷⁰ DUFFER, J.: «The Balance...», *op. cit.*, p. 23.

⁷¹ FRANK, R.: «Une histoire problématique», *op. cit.*, p. 81.

⁷² REDDING, V.: «Intervención del 5 de mayo de 2000 en Luxemburgo», recogido por CHARLETY, V.: «Repères fondateurs. Introduire l'histoire dans l'espace public européenne», *Politique Européenne*, 18 (2006), p. 28.

⁷³ Desde los años ochenta, las interpretaciones sobre el proceso de construcción europea se han visto afectadas por la concurrencia de tres planteamientos diferentes entre las escuelas *transnacionalista*, *realista* y *neoinstitucionalista*. Situación que, desde una perspectiva historiográfica, se relaciona con los planteamientos federalistas que subyacen al trabajo de CROISAT, M., y QUERMONNE, J.: *L'Europe...*, *op. cit.*; el *intergubernamentalismo liberal* representado por MORAVCSIK, A.: *The Choice for Europe...*, *op. cit.*, y el *neoinstitucionalismo* de inspiración economicista que emerge a partir del estudio clásico de MILLWARD, A. S.: *The European Rescue of the Nation State*, Londres, Routledge, 2000 (edición revisada y ampliada respecto a la de 1992). Entre las historias generales del proceso aparecidas en los últimos años deben destacarse BITSCH, M.-T.: *Histoire de la construction européenne: De 1945 à nos jours*, Bruselas, Editions Complexe, 2008; BOSSUAT, G.: *Histoire de l'Union européenne. Fondations, développement, avenir*, París, Belin, 2009, y el clásico estudio de GERBET, P.: *La construction de l'Europe*, París, Imprimerie National, 2007 (4.ª ed. aumentada y corregida); las obras colectivas dirigidas por DINAN, D. (dir.): *Origins and Evolution...*, *op. cit.*, y por PHINNEMORE, D., y WARLEIGH-LACK, A. (eds.): *Reflections on European integration: Fifty Years of the Treaty of Rome*, Basingstoke, Palgrave MacMillan, 2009. Asimismo, las síntesis interpretativas de GILLINGHAM, J.: *European Integration, 1950-2003. Superstate or New Market Economy?*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, o LABOUTTE, R.: *Histoire économique et sociale de la construction européenne*, Bruselas, Peter Lang, 2008, que confrontan dos modelos y dos formas diferentes de

el estudio del complejo pasado europeo requiere de una visión crítica que puede casar mal con una historia que pretenda resaltar los posibles elementos comunes⁷⁴.

En esa dirección, una de las más tradicionales y fecundas líneas de trabajo viene a establecer una estrecha relación entre identidad europea y espacio público. Esa línea enfatiza la idea de que la historia europea ha ido generando el espacio público europeo a partir de unos espacios públicos nacionales, cuyo origen se encontraría en la creación de un espacio de comunicación durante la Edad Media a través de las universidades, iglesias y manifestaciones artísticas, que permitirían, al menos desde el punto de vista cultural, la identificación entre los europeos⁷⁵. Sin embargo, ese proceso inevitablemente ha resultado discontinuo y multiseccular, con su balance de apropiaciones y reapropiaciones, de deudas con otros ámbitos, de mistificación y de instrumentalización. Nada ha sido espontáneo ni automático. Como afirma Frank, «los mismos rasgos culturales no engendran necesariamente una identidad cultural, como tampoco una identidad cultural conduce necesariamente al desarrollo de una identidad política»⁷⁶. En efecto, la base cultural común ha llegado a ser interpretada como un problema en sí mismo en el desarrollo del proceso de integración⁷⁷, ya que en cierto modo esa *identidad europea* sigue residiendo en la preservación por determinadas elites de un tipo de cultura, mi-

comprender el proceso de integración (euroescepticismo conservador británico frente al europeísmo socialdemócrata continental). Finalmente interesa destacar entre las obras de consulta las de MANIGAND, Ch.; BERTONCINI, Y.; KAHN, S., y CHOPIN, T. (dirs.): *Dictionnaire critique de l'Union européenne*, París, Armand Colin, 2008, y GERBET, P. (dir.): *Dictionnaire historique de l'Europe unie*, París, André Versaille Éditeur, 2009.

⁷⁴ Cf. LOTH, W.: «Explaining European Integration...», *op. cit.*, pp. 25-26.

⁷⁵ Entre los libros más recientes que abordan esta cuestión véase FORET, F.: *Légitimer l'Europe: pouvoir et symbolique à l'ère de la gouvernance*, París, Presses de Sciences Po, 2008, y DUBRULLE, M., y FRAGNIERE, G. (dirs.): *Identités culturelles et citoyenneté européenne diversité et unité dans la construction démocratique de l'Europe*, Bruselas-Berna-Berlín-Frankfurt am Main-Nueva York-Oxford-Viena, Peter Lang, 2009.

⁷⁶ FRANK, R.: «Evolution de l'idée de d'Europa et des identités européennes, XIX^e-XX^e siècles», en CHRISOS, E.; PASCHALIS, M. K., y SVOLOPOULOS, C. (eds.): *The idea...*, *op. cit.*, pp. 214-221.

⁷⁷ BOSSUAT, G.: «L'identité européenne, une quête impossible?», en VILLANUEVA ALFONSO, M. L. (dir.): *La Méditerranée et la culture du dialogue. Lieux de rencontre et de mémoire des Européens*, Bruselas-Berna-Berlín-Frankfurt am Main-Nueva York-Oxford-Viena, Peter Lang, 2008, pp. 273-285.

nutriendo la dimensión política que se construye a partir del sentimiento de pertenencia no solamente a una cultura, sino a una comunidad de destino, a una comunidad que comprende que puede desarrollar una convivencia política en común. En ese sentido, para Hobsbawm, «Europa ha fracasado en conseguir construir una identidad plenamente europea (...) y vive una existencia fantasmal con el intento de Bruselas de mantener instituciones y celebraciones de la cultura europea, y convertir la novena sinfonía de Beethoven en una melodía europea»⁷⁸.

El estudio de los *procesos de europeización* experimentados en los últimos cincuenta años ofrece, sin embargo, nuevas posibilidades⁷⁹. Si bien uno de los ejes metodológicos básicos en el desarrollo de la historia de la integración europea ha sido la historia comparada —hasta el extremo de convertirse en un fin en sí mismo—, hoy tiende a verse como un indicador de la europeización de los países y sociedades europeos. En su origen, lo que comenzó siendo una comparación a largo plazo de las evoluciones históricas de Francia y Alemania por parte de autores como Hartmut Kaelble⁸⁰, se ha transformado en un intento de europeización en una escala global de la historia de Europa occidental a partir de un nuevo nivel de análisis; estudiar a través de la historia comparada en qué medida se han europeizado los diferentes sectores económicos, sociales, políticos y culturales. Es decir, en qué medida las sociedades europeas han adoptado rasgos semejantes ya sea por osmosis, afán emulador, etcétera. Sin embargo, Kaelble insiste en la necesidad de estudiar el contexto histórico europeo y las experiencias que en el pasado generaron un cierto tipo de espacio público europeo, sobre todo comunicacional, e incidir en aquellos aspectos en los que la construcción europea aparece irreductiblemente como un proyecto que no puede apoyarse *in fine* sobre la voluntad política. Su eje conductor serían, en esa dirección, los valores europeos⁸¹. En su opinión, el espacio público europeo no es sólo un proyecto, sino un

⁷⁸ HOBBSAWM, E. J., y SASSON, D.: «Pensando sobre Europa», *op. cit.*

⁷⁹ RISSE, Th.; MARCUSSEN, M., y ENGELMANN, D.: «German nation-state Identities», *Journal of European Public Policy*, 9-4 (2002), pp. 614-633.

⁸⁰ KAEUBLE, H.: *A social history of Western Europe, 1880-1980*, Maryland, Barnes and Noble, 1990, y KAEUBLE, H. (ed.): *The European Way. European Societies during the Nineteenth and Twentieth Century*, Oxford, Bergham Book, 2004.

⁸¹ KAEUBLE, H.: «The Historical Rise of a European Public Sphere?», *Journal of European Integration History*, 8-2 (2002), pp. 9-22.

contexto histórico, y la historia *común* de Europa no es otra cosa que la historia de su acervo (derechos del hombre, individualismo, educación, protección social...) ⁸².

Coda. Hacia una europeización de la historia de la integración europea

Si bien la integración europea como proceso histórico hunde sus raíces tanto en los horrores de la Segunda Guerra Mundial como en los estrechos intereses nacionales de la posguerra, ni soslayar los intentos por construir algo nuevo a través de un heterogéneo marco de proyectos europeos, ni olvidar la retórica y el discurso a los que van a dar lugar esas dinámicas. El resultado son unas tensiones que definen la integración europea como una realidad política, social, económica y, en no menor medida, cultural. A lo largo de la última década, la historia de la integración europea ha adquirido y desarrollado nuevos métodos y enfoques, definiendo nuevos campos de investigación —especialmente las aproximaciones a partir de historias comparadas en el espacio europeo— que trascienden la tradicional historia diplomática de la integración europea y rompen con ciertos reflejos deterministas de los historiadores económicos liberales, dando paso a una agenda de investigación con un mayor peso de las cuestiones socioculturales.

En efecto, *el estudio de los procesos de europeización* permiten la definición de nuevos objetos de estudio de carácter transnacional ⁸³, como, por ejemplo, los hitos culturales más o menos institucionalizados a partir de las exposiciones universales celebradas desde mediados del siglo XIX, y científicos, caso de la difusión de la tecnología y su papel en las sociedades europeas ⁸⁴. En primer lugar, la historia de los debates sobre Europa, de gran tradición entre intelectuales, políticos

⁸² KAELBLE, H.: *The European Public Sphere...*, *op. cit.*, pp. 35-36.

⁸³ Sobre el desarrollo de proyectos de historia transnacional referidos al ámbito de la integración europea puede destacarse el proyecto *Inventing Europe. A transnational History of European Integration, 1850-2000*, <[www.tensionsofeurope.eu/Research.asp?wh=Inventing Europe \(IE\)](http://www.tensionsofeurope.eu/Research.asp?wh=Inventing Europe (IE))>. [consulta: 21 de agosto de 2009].

⁸⁴ PASSERINI, L., y STRATH, B. (dirs.): «Preface», en *Figures d'Europe Images and Myths of Europe*, Bruselas-Berna-Berlín-Frankfurt am Main-Nueva York-Oxford-Viena, 2003, pp. III-VII.

e historiadores a lo largo del siglo XX y sobradamente conocido⁸⁵. La historia de las representaciones de Europa, en segundo lugar, con especial atención a los déficits simbólicos de la construcción europea, los problemas de pertenencia cultural y la irrupción de identidades multiculturales a partir de ejes de estudio transversales, como, por ejemplo, el fenómeno de la inmigración y el impacto sobre las sociedades receptoras⁸⁶. En lo relativo a la historia cultural de la integración europea frente a la orientación tradicional de considerar la cultura como un ámbito de la vida pública, paralelo a las dimensiones política, económica o militar, otras formulaciones presentan una visión diferente, más amplia, que incide en la idea de cultura como un código de funcionamiento común de la sociedad europea⁸⁷. En esa dirección es preciso destacar los estudios de Luisa Passerini sobre las imágenes o de Victoria de Grazia acerca de la influencia cultural de Estados Unidos en Europa; sin embargo, se ha avanzado menos a la hora de considerar la escenografía de la integración europea, sobre cómo se celebra a sí misma e incluso es discutible que pueda incluirse este tipo de europeización en el ámbito cultural⁸⁸.

En lo que respecta a los enfoques de *historia transnacional* vinculados a la integración europea, se han abordado a partir del diseño de investigaciones complejas que requieren la coordinación de equipos de investigadores de diferentes países y distintos ámbitos académicos, como es el caso de los procesos de democratización en la Europa del sur y del este⁸⁹, las paradojas resultantes de considerar históricamente los orígenes de los déficits democráticos de la construcción eu-

⁸⁵ Véase KAEUBLE, H., y PASSERINI, L.: «Preface», en el número monográfico a *European Public Sphere and European Identity in 20th Century History*, *Journal of European Integration History*, 8-2 (2002), pp. 5-8.

⁸⁶ Véase DEMOSSIER, M. (ed.): *The European Puzzle. The Political structuring of cultural identities at a time of transition*, Londres, Berghahn Books, 2008.

⁸⁷ Por ejemplo, los festivales bianuales de *Europalia* o las exposiciones culturales desarrolladas desde los años cincuenta y esponsorizadas por el Consejo de Europa a partir del Convenio Cultural Europeo. Véase GIENOW-HECT, J., y SCHUMACHER, F. (eds.): *Culture and International History*, Londres-Nueva York, 2004.

⁸⁸ PASSERINI, L.: *Il mito de Europa. Radici antiche per nuovi simbole*, Florencia, Giunti, 2002, y DE GRAZIA, V.: *Irresistible empire. America's advance through twentieth-century Europe*, Cambridge, Belknap, 2005.

⁸⁹ MORENO JUSTE, A.; PEREIRA, J. C.; NEILA, J. L.; SANZ, C., y LÓPEZ, C.: «Construcción europea y conformación del espacio público europeo», en *Cuadernos de Historia Contemporánea. Homenaje a los profesores Antonio Fernández y Guadalupe Gómez Ferrer*, volumen extraordinario, 2007, pp. 219-221.

ropea⁹⁰, los problemas de legitimación democrática y el *Mayo del 68*⁹¹, el impacto de la confrontación bipolar en una Europa forjada como frente central de la guerra fría⁹², especialmente ante la *crisis de los euromisiles* y la amenaza nuclear⁹³, o los procedimientos formales e informales de concertación no sólo entre los gobiernos europeos o personalidades de la política y la cultura⁹⁴, sino también entre las grandes transnacionales ideológicas europeas y, en especial, la democracia cristiana⁹⁵, entre otros.

A esas líneas de trabajo es preciso añadir las investigaciones dirigidas a estudiar el origen y desarrollo de una memoria europea compartida en relación con las identidades nacionales o, si se prefiere, *la europeización de la memoria*⁹⁶. En ese sentido, no puede olvidarse que si bien la construcción de la memoria debería estimular un mejor conocimiento de la Historia, lleva consigo la cuestión de si sirve para dividir o para reconciliar. Es preciso, en consecuencia, conocer mejor el lugar y la función de los vectores de la memoria y preguntarse, en el marco del proyecto europeo, si existen uno o varios lugares de la memoria de los europeos o de la memoria europea. Algunos, como

⁹⁰ Sobre déficit democráticos, entre otros, KAELBLE, H: *Caminos hacia la democracia...*, op. cit., pp. 117-138.

⁹¹ Véase SCHULZ-FORBERG, H.: «Claiming Democracy: The Paris 1968 May Revolts in the Mass Media and their European Dimensions», y COSSALTER, F., y MINICUCI, M.: «Espacios políticos y brechas culturales en el largo 68 italiano», en FARALDO, J. M.^a (dir.): *Los 68 de Europa. Disidencia, poder y cambio en el Este y el Oeste, Cuadernos de Historia Contemporánea*, 31 (2009), pp. 27-53 y 107-132, respectivamente.

⁹² Véase, por ejemplo, MULLER, J.-W. (ed.): *Memory and Power in Post-War Europe. Studies in the Presence of the Past*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002. Asimismo véase EVANGELISTA, M.: *Unarmed forces: the Transnational Movement to end the Cold War*, Ithaca, Cornell University Press, 2002, pp. 143-249.

⁹³ Sobre el impacto de la *crisis de los euromisiles* en el desarrollo del espacio público véase RISSE, Th.: *An emerging European public sphere?...*, op. cit.; NUTI, L.: *The battle of euromissiles. A general Survey*, ponencia presentada al Congreso Internacional «From Helsinki to Gorbachov, 1975-1985», organizado por el Machiavelli Center for Cold War Studies and the Cold War International History Project, 27-29 de abril de 2006. Y muy recientemente, NUTI, L. (ed.): *The Crisis of Détente in Europe; from Helsinki to Gorbachev, 1975-1985*, Londres, Routledge, 2009.

⁹⁴ Al respecto, MIDDLEMAS, K.: *Orchestating Europe: the informal politics of the European Union, 1973-1995*, Londres, Fontana Press, 1995.

⁹⁵ Por ejemplo, KAISER, W., y LEUCHT, B.: «Christian Democratic and Informal politics of integration», *Journal of European Integration History*, 14-1 (2008), pp. 35-49.

⁹⁶ Al respecto puede interesar la lectura de PASSERINI, L. (ed.): *Identità culturale europea. Idee, sentimenti relazione*, Scandicci, La Nuova Italia, 1998.

Auschwitz, están registrados tanto en la memoria como en la Historia, pero no son los únicos⁹⁷. Hubo otros muchos campos de concentración en los que se gaseaba a las personas inmediatamente. Existieron otros muchos pequeños campos de concentración, más desconocidos u olvidados. Hubo muchos exterminios que se hicieron *in situ* y esos otros exterminios, con mucha frecuencia, se ocultaron.

Pero la memoria europea no puede ser reducida tan sólo al Holocausto y al Gulag⁹⁸. Esa *uropeización de la memoria* a la que nos venimos refiriendo debe correr pareja al diálogo con otras culturas. Si bien se ha concedido especial relevancia al papel del eurocentrismo y sus manifestaciones de cara al esfuerzo de explicación del dominio europeo del mundo moderno mediante los logros específicos de la historia europea⁹⁹, la relación con «*el Otro*», desde la esclavitud y pasando por la colonización, es un fenómeno transeuropeo que afectó también a otras sociedades y a otras culturas y que es preciso considerar, al igual que el impacto sobre las metrópolis del conjunto de conflictos bélicos que marcaron los procesos de descolonización. La cuestión armenia, los casos de Argelia, Angola y Mozambique o el Sahara Occidental son algunas de las nuevas y no tan nuevas miradas a proyectar sobre Europa¹⁰⁰.

Finalmente, desde el punto de vista de las políticas activas de las instituciones europeas de cara a la europeización de los espacios públicos, es necesario considerar diferentes proyectos. De una parte, los proyectos historiográfico-pedagógicos promovidos desde la Comisión Europea, como pueden ser los manuales de la serie *What is Europe?*, editados por la *Open University* con la colaboración de la *European Association of Distance Teaching Universities*¹⁰¹, y que mar-

⁹⁷ Véase JUDT, T.: «Desde la casa de los muertos. Un estudio sobre memoria europea contemporánea», en *Posguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2006, pp. 1145-1184.

⁹⁸ LAGGEWIE, C.: «Battlefield Europe. Transnational memory and European Identity», publicado el 28 de abril de 2009 en <www.eurozine.com>. [publicado en *Blätter für deutsche und internationale Politik*, febrero de 2009 (versión alemana)], <www.eurozine.com/authors/leggewie.html>. [consulta: 22 de septiembre de 2009].

⁹⁹ Sobre esa cuestión véase WALLERSTEIN, I.: «El eurocentrismo y sus avatares», *New Left Review*, 0 (2000), pp. 97-98.

¹⁰⁰ Sobre estos aspectos véase la síntesis que realiza Michel Dumoulin en la presentación del curso «Memorias y lugares de la memoria de Europa», organizado por la Fundación de la Academia Europea de Yuste, 6-8 de julio de 2009, <www.fundacionyuste.es>. [consulta: 14 de julio de 2009].

¹⁰¹ La *European Association of Distance Teaching Universities* (EADTU) se creó en enero de 1987 por los directores de las instituciones de enseñanza a distancia más

can un punto de inflexión en el apoyo de la Unión Europea en el periodo 2008-2010, a través de la labor desarrollada por las Direcciones Generales de Educación y Formación y Sociedad de la Información. En esa dirección, otras iniciativas a considerar son las vinculadas con el «Programa Sócrates», iniciativa educativa de la Comisión Europea creada en 1994 y de la que forman parte 31 países. En la actualidad sus actuaciones se desarrollan dentro del *Lifelong Learning Programme 2007-2013*, y entre ellos el más conocido es el Programa Jean Monnet¹⁰². Asimismo, relacionadas con el marco pedagógico, pero a nivel de enseñanzas secundarias, son las iniciativas para desarrollar manuales comunes sobre Historia de Europa, como el manual franco-alemán publicado en 2006 con motivo del cuadragésimo aniversario del Tratado del Eliseo¹⁰³.

Por último, es preciso referirse al proyecto de creación de un *museo de Europa o casa de la memoria europea*, que tiene prevista su apertura en 2014, con sede en Bruselas, y que es resultado de una iniciativa del democristiano Hans-Gert Pöttering en 2007 como presi-

importantes de Europa con el objetivo de fomentar la cooperación entre las organizaciones europeas dedicadas a la educación superior a través de la metodología de enseñanza a distancia. En la actualidad está integrada por 21 miembros nacionales de 19 países y alcanza a más de dos millones de estudiantes, <www.eadtu.nl>. [consulta: 14 de marzo de 2010].

¹⁰² Dentro del programa se incluye la creación de cátedras Jean Monnet, centros de excelencia, los módulos, la información y las actividades de investigación, así como el apoyo a las asociaciones universitarias de profesores e investigadores en la integración europea. Los proyectos Jean Monnet se seleccionan sobre la base de sus méritos académicos y tras un proceso de revisión por pares rigurosa e independiente. La Acción Jean Monnet fue lanzada en 1989. En la actualidad está presente en 62 países de los cinco continentes. Entre 1990 y 2008, la acción ha ayudado a crear unos 3.000 proyectos de enseñanza en el campo de los estudios de integración europea, incluidos 141 europeos Jean Monnet Centros de Excelencia, 775 cátedras Jean Monnet y 2.007 módulos europeos y cursos permanentes. La Acción Jean Monnet reúne a una red de 1.500 profesores, llegando a un público de 250.000 estudiantes cada año, <www.ec.europa.eu/education/lifelong-learning-programme/doc88_en.htm>.

¹⁰³ Especial relevancia ha alcanzado esa dirección, por la novedad que supone la publicación del manual franco-alemán para enseñanza secundaria. Véase, al respecto, GITTON, R.: «Le manuel franco-allemand à l'épreuve de la classe», *Histoire@politique. Politique, culture et société*, 2 (2007), <www.histoire-politique.fr>. [consulta: 18 de agosto de 2009], y LA QUINTREC, G.: «Le manuel franco-allemand: une écriture commune de l'histoire», *Histoire@politique. Politique, culture et société*, 2 (2007), <www.histoire-politique.fr>. [consulta: 18 de agosto de 2009]. Acerca de los problemas para la enseñanza de la historia de Europa véase SCNAPPER, D.: «Histoire, Citoyenneté et démocratie», *Vingtième Siècle. Revue d'Histoire*, 71 (2001), pp. 97-103.

dente del Parlamento Europeo¹⁰⁴. El proyecto nace de la necesidad de promocionar y dar una dirección a la reflexión sobre los orígenes de la construcción europea, pero también de fomentar el desarrollo de una conciencia de identidad común entre los europeos y de contar «con una entidad que proyecte la memoria histórica del proceso que ha llevado hasta la Unión Europea que hoy conocemos»¹⁰⁵. En consecuencia, en la colección no se considerarán las historias nacionales de los Estados y regiones de Europa, sino que se centrará en el proyecto europeo, poniendo especial énfasis en su historia desde el final de la Segunda Guerra Mundial¹⁰⁶.

* * *

Paul Ricoeur¹⁰⁷ hablaba de la necesidad de distinguir dos tipos de historia del tiempo presente, *la historia de un pasado reciente*, que comporta un punto y final (la Segunda Guerra Mundial, los imperios coloniales, el mundo comunista), aunque los efectos de la memoria hacen que no se diluyan, y *una historia del tiempo presente*, no cerrada y de la que no se ha dicho la última palabra. La historia de Europa, en nuestra opinión, formaría parte de la segunda categoría con todos los riesgos y ventajas que ello comporta.

La búsqueda de unas señas de identidad comunes en el pasado, que expliquen el presente y puedan ayudar a diseñar el futuro de la Unión Europea, se encuentran detrás de las iniciativas y los esfuerzos de muchos grupos de historiadores desde finales de los años ochenta¹⁰⁸.

¹⁰⁴ COMMITTEE OF EXPERTS. HOUSE OF EUROPEAN HISTORY: *Conceptual Basis for a House of European History*, Bruselas, octubre de 2008. El Parlamento Europeo impulsó la creación de un comité de expertos formado por historiadores y museólogos, cuyo informe fue aprobado por el Bureau del Parlamento Europeo en 2009, institución que, junto al Comité de las Regiones, la Región Bruselas-capital y el Ayuntamiento de Bruselas, financian la iniciativa.

¹⁰⁵ Cf. CHARLETY, V.: «Repères fondateurs. Introduire l'histoire dans l'espace public européenne», *Politique Européenne*, 18 (2006), pp. 17-47.

¹⁰⁶ El museo tendrá su sede en el *Batiment Eastman*, junto al parque Leopoldo, y albergará una colección permanente, un espacio para exposiciones temporales y preparará exposiciones itinerantes, la primera de ellas para la Exposición Universal de Shangai (www.icom-europe.org). Se estima que el museo recibirá 500.000 visitantes al año; el presupuesto inicial es de 18 millones de euros.

¹⁰⁷ RICOEUR, P.: *Ecrire l'histoire du temps présent*, París, CNRS Éditions, 1993, pp. 38-39.

¹⁰⁸ La Comisión Europea ha financiado ambiciosos programas de investigación

Sin embargo, el estudio del complejo pasado europeo requiere de una visión crítica que en muchas ocasiones se lleva mal con una historia que resalte los posibles puntos comunes¹⁰⁹. La definición de una historia transnacional que supere la idea de Estado-nación puede ser un buen instrumento para ello¹¹⁰.

Un corolario que posiblemente pueda establecerse es que el estudio histórico del espacio público europeo no puede tener como objeto el desarrollo de nuevos procesos de construcción nacional de base europea, ni tampoco pretender crear una identidad colectiva supranacional a través de un proceso de identificación y de politización de los ciudadanos. No se puede ser tan esencialista. En nuestra opinión, tan erróneo sería construir unos marcos neutros de interpretación de la historia de la integración europea como generar un «relato europeo» destinado a restituir la ficción de una comunidad histórica de pertenencia que, posiblemente y como tal, nunca haya existido, ni arrogarse la misión de fijar histórica y culturalmente las fronteras de Europa. Una labor que, en cualquier caso, parece abierta a que cada generación de europeos intente responder desde su presente. Desde ese punto de vista, posiblemente, se halla pendiente un problema básico, *reformular la historia de la integración europea en el sentido de una historia de la Europa integrada*¹¹¹.

Europa ha sobrevivido a experiencias desastrosas, y sobre las cenizas de tanta guerra y destrucción se han consolidado importantes derechos civiles, legales, políticos y sociales, desde el sufragio universal y las elecciones libres hasta la universalización de la educación y la sanidad. Sin embargo, no se trata de conquistas irreversibles, sino de valores que pueden cuidarse y compartirse o malgastarse. Por ello, la

transnacionales como los desarrollados por el *Groupe de Liason des Historiens auprès des Communautés*, y entre ellos, por citar alguno, el coordinado por el profesor René Girault bajo el título genérico de «Conscience et identité européenne au XX^e siècle», continuado por el «Programme international de recherche sur les identités européennes au XX^e siècle (diversités, convergences, solidarités)». Esta labor se viene desarrollando dentro de los Programas marco de investigación financiados por la UE, *Cuarto a Séptimo Programas Marco, 1994-2009*. Cf. <www.cordis.europa.eu>.

¹⁰⁹ Véase «Introduction», en KAISER, W., y STAIRE, P. (eds.): *Transnational European Union. Towards a common political space*, Londres, Routledge, 2005, pp. VI-IX.

¹¹⁰ Sobre *historia transnacional* puede encontrarse una buena aproximación en IRIYE, A.: «Transnational History», *European Contemporary History*, 13-2 (2004), pp. 211-222.

¹¹¹ DULFFER, J.: «The Balance of Historiography...», *op. cit.*, pp. 17-32.

utilidad social de su estudio debe residir en el diseño de unos proyectos que *respondan* a la ambición de contribuir, por la cultura y por la historia, a la creación de un espacio público europeo, de promover una cierta idea de Europa, la de sus valores, y no tanto en la búsqueda de una seña de identidad comunes en el pasado que puedan ayudar a diseñar el futuro de la Unión Europea.

De lo que no cabe duda es —como escribe Julián Casanova— que «los historiadores podemos contribuir a transmitir una serie de valores que se asocian con Europa, como la libertad, la tolerancia y democracia, y que la Unión Europea quiere convertir en nuestras señas de identidad. Pero no podemos prestarnos a construir visiones por encargo, ni renunciar al análisis riguroso de lo que otros quieren ocultar u olvidar»¹¹².

En cualquier caso, lo cierto es que, a pesar de que el modelo político europeo es objeto de un consenso como nunca antes ha habido en otro momento de la historia, la experiencia de las cuatro o cinco últimas décadas pone de manifiesto que sin una formación democrática de la opinión y la voluntad a escala europea, en ámbitos fuertemente simbólicos y especialmente sensibles para una identidad común, no podrán desarrollarse nuevas políticas comunes ni reformas institucionales que permitan avances sustantivos del proyecto europeo, sustentadas por todos los Estados miembros de la Unión Europea. Es decir, sin unas transformaciones significativas de los *espacios públicos nacionales*. En este caso, de su europeización ante la imposibilidad de definir un espacio público europeo, por el momento.

¹¹² CASANOVA, J.: «Una historia común», *El País*, 5 de marzo de 2007.